



## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 86

*Del señor académico correspondiente don Juan Bautista Devoto, con*

### **Algunas consideraciones sobre la lata**

Señor Presidente:

Con el ánimo de contribuir, en alguna medida, a esclarecer algunos aspectos de la *lata*, ficha que se usaba como comprobante de labor y pago en las casas públicas, haré llegar mis impresiones nacidas del trato directo y como testimonio de un protagonista que alcanzó a conocer los “lunes” en el prostíbulo.

**1º.** Cuando el cliente pasaba su visita con la mujer colocada, pagaba de antemano con su dinero a la pupila. Esta, antes de penetrar en su pieza (numerada visiblemente sobre la parte superior del marco) llamaba a la madama y le entregaba la suma convenida (pesos 2, 5, etc.). La patrona guardaba en un bolso cinturón, infaltablemente asegurado en su cadera, el dinero, y entregaba a la pupila una chapa circular, aproximadamente de tres centímetros de diámetro, latón o aluminio, según el caso. La mujer, de inmediato –salvo excepciones– tomaba la *lata* y la guardaba dentro de su media (casi siempre utilizaba medias cortas, tipo zoquetes) y así reunía las *latas* de la jornada que, si eran muchas, trasladaba también de la media al cajón de la infaltable mesa de luz.

**2º.** Los lunes estaban fijados como invariable día de pago en el prostíbulo. Ese día, después del almuerzo, preferentemente en horas de la tarde, se reunían el patrón de la casa, la madama, la mujer que rendía sus cuentas y el respectivo cafiolo, dueño de la mujer. La madama, en silencio; el patrón, con la caja donde estaban los pesos; el cafiolo ávido y vigilante y la mujer poniendo sobre la mesa sus *latas*. A tantas *latas*, tantos pesos. Las cantidades obtenidas se dividían en partes iguales entre el cafiolo y el patrón.

**3º.** Después de este reparto, la madama (casi siempre a instancias del patrón) o éste mismo, tomaba la palabra y detallaba al cafiolo la actividad cumplida por la mujer: conducta, atención, demoras injustificadas y, en especial, los “garrones” que la mujer atendía; es decir, los clientes que servía gratuitamente, sin dar cuenta a la madama o haciendo caso omiso de sus advertencias frente al isócrono grito de: “Menos amor, más trabajo...”.

También se le informaba al cafiolo de todas las amistades que tuviera la mujer, preferentemente si mediaban vinculaciones sentimentales, preferencias, etc. Un verdadero cuaderno de bitácora que, en muchos casos, se llevaba por escrito cuando las casas tenían muchas pupilas.

**4º.** La mujer pupila no disponía, casi nunca, dentro de la casa, de dinero en efectivo. Los lunes dichos locales eran visitados por distintos vendedores: heladeros o factureros, según la época, joyeros, tenderos, etc. y las mujeres se daban sus gustos con los



proveedores a la mano, cerca de su hombre, y al atardecer se bailaba, aderezándose la fiesta con bebidas, infaltablemente. Después, inevitablemente, los arrumacos, las confidencias, las penas y las marruzas. Días de canilla abierta y pierna suelta. El amor, pese a todo, filtraba su savia entre las resquebrajaduras de la vida y alumbraba con pasión y esperanza el horizonte de las emociones. (A veces a los proveedores se les pagaba con las mismas latas que ellos canjeaban a la madama).

5°. Por selección natural, como es lógico, estaban las mujeres *ganadoras*, hábiles, de gran clientela, y las *mistongas*, que reunían solo muy pocos adeptos. No todo era ganancia, sino también mutuas recriminaciones entre las partes y también se llegaba a “quitarle la pieza” a la pupila poco rendidora. Existía un standard de labor prefijado. La que no llegaba a ese tope no convenía a la casa.

Los patrones, sabedores de que en otros lugares asentaban sus dones otras mujeres *ganadoras*, azuzaban a los cafiolos instándolas a traerlas a su establecimiento. Claro está que este método involucraba violencia, venganzas y revanchismo, en los que el patrón nunca arriesgaba, sino era el cafiolo quien ponía el cuerpo en la patriada haciendo la pata ancha. Como las *ganadoras* raramente andan *en banda* o sueltas, tienen sus hombres, la cosa se ponía dura y se echaba a andar el engranaje de la lucha entre los capaces.

Algún día, en sesión secreta de la Academia y para los altos fines de la misma, se podrán hacer nombres propios, detalles, cantidades, métodos, etc.

La Plata, 18 de setiembre de 1965

Juan Bautista Devoto  
Académico correspondiente